

## LA ALACENA

La memoria es una cosa prodigiosa y a la vez posee cierto misterio. Volvía yo de un corto desplazamiento a la playa y, una vez más, comentaba con mi acompañante lo mucho que se asemeja esta tierra del sur a mi África natal. Discutíamos acerca de lo que había en común en ambos paisajes y cuáles eran las cosas que faltaban. Una de las que yo echaba de menos era los esbeltos eucaliptos de corteza blanquecina y hojas somnolientas que se mecen con el aire. De ahí pasamos a hacer comparaciones sobre el clima y su mayor o menor humedad que, según nosotros que no somos expertos en el asunto debía influir para que esos árboles faltaran en este paisaje y, sin saber por qué y sin que tuviera la más mínima relación, a mi mente vinieron un par de imágenes; la de la alacena de la cocina de la casa donde nací y el mueble de panadero de la cocina de mi segunda casa de infancia.

Este último mueble vino a sustituir a una estantería, en cuyos anaqueles se colocaba la vajilla y la cristalería que usábamos a diario. El mueble de panadero era de una madera oscura. En aquella época era más alto que yo o casi. Tenía en la parte baja dos pares de puertas correderas y dos baldas en el interior a donde iba la vajilla. Encima de ese cuerpo había dos cajones paralelos en donde se guardaban los cubiertos y los manteles y servilletas de diario, así como los paños de cocina. La parte que servía de copete al mueble tenía una forma inclinada, como si fuera la tapa de un escritorio, y dentro había un par de compartimentos rectangulares en los que, según me informó mi madre, se guardaba la masa de pan o de bollería para que fermentase. Por más esfuerzos que hice, aunque me parecía tener el mueble ante mis ojos, fui incapaz de recordar qué se guardaba allí, puesto que en casa raramente se amasaba y cuando se hacía, se dejaba la masa sobre un plato o bandeja y cubierta con un paño blanco en el alféizar de la ventana. Sólo recuerdo que a mí, que debía ponerme de puntillas para mirar al interior, aquel hueco del mueble me parecía muy hondo y oscuro.

Comenté con mi acompañante la imagen que acababa de asaltarme y hablamos de que, posiblemente, procediera de casa de mi abuela materna que había regentado en tiempos una vaquería. Esas vaquerías típicas de Cataluña en las que además de tomar un vaso de leche natural, se pueden tomar bollos y ensaimadas con chocolate.

Por lo que quiera que fuera, tal vez la oscuridad del mueble o el hecho de asociarlo a la cocina, la siguiente imagen que apareció fue la de la alacena. Estaba en la esquina de la cocina, rematando el frente de los fogones. Tenía dos puertas de

cuarterones, pintadas de un blanco amarillento. En realidad era casi una habitación estrecha y alta, con anaqueles de madera a lo largo y ancho de sus tres paredes. Para mi estatura de aquella época, era altísima. No me alcanzaba el cuello para mirar arriba, en los anaqueles superiores y no sé qué cosas se guardaban allá. En algunos lugares asomaban cuellos de botella. En el suelo se amontonaban damajuanas (aquellos recipientes de cristal grueso y verdoso que venían forrados de mimbre –esto lo digo porque ya hay muchos que no saben lo que es ni para que sirven), en los que se almacenaba el agua traída de Benqarrich o de La Torreta. Según mi madre, el agua del grifo no era fiable para beber y era un engorro hervirla siempre. También había garrafas de aceite y de vino a granel. En los estantes a los que mi vista alcanzaba, había saquitos de garbanzos, lentejas, judías, arroz y las cajas de las galletas. Temía que me enviaran a buscar algo a la alacena. No sé por qué me daba miedo por lo oscura y alta. El hecho de que su doble puerta permaneciera siempre sólo ajustada y sin cerrar del todo, me hacía pensar que de allí podrían salir cosas misteriosas que se ocultaban en los rincones más oscuros. La única cosa que me gustaba de aquella alacena era el olor del café, mezcla de moka y brasil que mi madre compraba en grano y molía en un molinillo de madera y hierro, con una airosa manivela en lo alto. Esta tarea, de vez en cuando me la encomendaban a mí y me encantaba vaciar el cajoncito con cuidado en la lata del café.

Cómo se deslizó mi mente desde la ausencia de los eucaliptos hasta la alacena oscura y el mueble de panadero, es algo que no tiene explicación, a no ser el hecho de que me hago mayor y me acuerdo mejor de lo del pasado que de lo que hioce ayer o la semana pasada.